

## BELLAS ARTES

La primavera, la hermosa y gentil estación de las flores, ha sido siempre fuente de inspiración para cuantos sienten y comprenden la gracia voluptuosa del despertar de la naturaleza.

Las flores son su manifestación externa. Y la mujer, con ese maravilloso instinto de adaptación que la distingue, apenas percibe los tibios efluvios primaverables, adorna con ellas la mata de su pelo, las prende en vistosos ramos en su cintura é, imitando sus claros y brillantes coloraciones, cubre su cuerpo con esas telas frescas y diáfanas que tan estéticamente armonizan con el medio ambiente, verdadera adaptación de su delicado instinto floreal.

Es tan íntima la relación que existe entre la mujer y la primavera, que los antiguos la simbolizaban por medio de una adolescente coronada de flores. Hoy ha desaparecido el símbolo, pero no ha desaparecido la mujer, que, con las flores, sigue siendo la manifestación real y sensible de la primavera.

Así lo ha creído, sin duda, Enrique Estevan, al pintar para la primera página de este número del ALBUM SALÓN la hermosa media figura que motiva estas líneas. La juventud y la belleza hacen las veces de símbolo; y aunque no podría titularse el cuadro *La primavera* por lo mismo que no existe la alegoría, son primaverales los medios de expresión: la figura, el colorido y la florida vegetación del fondo.

Idéntica relación ofrece el cuadro de J. Agrasot *¡Cuánto tardar!*, con la diferencia de que aquí el asunto es el amor, suprema manifestación de la primavera.

La hermosa campesina de la huerta espera apoyada en el alféizar de la ventana al ídolo de sus amores. La tibia estación parece creada expreso para exteriorizar esos sentimientos que el cierzo invernal recluye en las intimidades del corazón y del hogar. La bella huertana espera y no teme exponer públicamente sus amorosos afanes por la tardanza de su amado.

El gracioso cuadrillo es una de esas *cositas* que adquiere valor por el de la firma que figura al pie. Y el arte de Agrasot es de tan buena cepa, que presta interés á cuanto toca.

De Ricardo Brugada es el agradable boceto *Lavanderas*, impresión de un asunto pintoresco siempre, pues á pesar de haber sido tratado infinitas veces, préstase á otras infinitas combinaciones y modos de ver.

El ingenio inagotable de Gaspar Camps, ha enriquecido con una nueva orla ornamental el poema *Amor* de Salvador Carrera. El amor tranquilo de la familia, plácido como las nacaradas tardes de otoño, halla sintética representación, merced al lápiz y á la fantasía del joven y distinguido artista.

FRANCISCO CASANOVAS

## EL MUERTO ERRANTE

MURIO... ¿cómo lo diré... de una indigestión de sentimiento. Tanto grosería, tanta sinrazón é iniquidad, su corazón, que era el estómago del alimento espiritual, no las pudo digerir; interrumpiéronse sus latidos y acabó para siempre aquella vida. Los médicos, poco versados en la materia, calificando de una hipertrofia de dicha entraña la mortal dolencia, firmaron la papeta de defunción y remitieron con ella el muerto al hoyo. Pero en el hoyo, espacio limitado y breve, no cabía aquella alma inmensa cuyos sentimientos, cuyas aspiraciones rayaban en lo sublime. Abandonando, pues, á la tierra sus despojos, el muerto voló al cielo, en el umbral de cuya luminosa puerta oyó á San Pedro que decía:

—Alto ahí, no puedes entrar.

—¿Será posible!

—Y tan posible. Al cielo es necesario traer algo, algo bueno ó grande, y tú nada nos traes. Conozco, y los admiro, tus nobles sentimientos, tus sublimes aspiraciones; pero sé también que unos y otras quedan en el mundo echenagados, corrompidos, desbaratados por la perversidad humana. Anda, pues, hijo mío, vuelve allá abajo, vuelve y tráete, si puedes, algo de lo que allí perdiste ó te robaron, y entonces, no lo dudes, te abriré con mucho gusto.

El venerable santo cerró, al profir estas palabras, la resplandeciente puerta, y el infeliz difunto, no sintiéndose con ánimo para entresacar del mundo en que viviera un puro adarme de abnegación, de bondad ó de nobleza, hizo rumbo al purgatorio.

—Alto ahí, no puedes entrar.

—¡Dios mío, aquí... tampoco!

—Es necesario traer alguna culpa y no tienes tú ninguna. Esta, además, no es una morada eterna, sino que de ella se sale para el cielo, y en el cielo, yo lo of, te negaron la entrada.

El pobre muerto sintió frío y, en la necesidad de buscar un albergue, llamó, no sin reparos, á la puerta del infierno.

—Ahí, al menos, me calentaré.

Mas una sardónica y estruendosa carcajada contestó á su llamamiento.

—¿Vienes á burlarte de nosotros?

¡Una criatura buena y pura como un ángel pretende albergarse en la mansión del mal! Aquí hacen falta tizonas, tizonas de impureza y de perfidia. ¿Qué hoguera atizaríamos contigo, si no traes nada combustible? ¡Atrás, que-rube, santo, espía!

Y por la entreabierta y negra puerta vió el cuitado un diablo colosal de retorcido rabo y agudos cuernos, echando llamas y armado de una horca formidable con la cual le amenazaba.

Alejóse volando del infierno y distinguió allá, hacia occidente, una enorme gota de rocío, congelada en el espacio, que reflejaba la luz del sol con clarísimos fulgores. Al aproxima-

marse á ella en busca de un abrigo, pudo leer en su blanca superficie: *Venus*.

—La diosa de la hermosura, el planeta del amor... ¡No, jamás! Harto me engañaron, harto me dieron que sentir allá, en la tierra.

Tropezó, al retroceder, con un diamante gigantesco de rojizos destellos, y murmuró al reconocer á *Marte*:

—¡El mundo de la guerra! Se matarán en él unos á otros sus feroces habitantes, será mucho peor que el mundo en que he vivido.

Seguió retrocediendo el desgraciado y encontróse envuelto en una red de estrellas, cuatro de las cuales, las más hermosas y brillantes, ce-r-raban aquella constelación á modo de cuadrilátero.

—¡El *Pegaso*! —pensó al enterarse de lo que veía.—El caballo alado, engendrado por la sangre de una furia, el que hizo de una coz brotar la fuente de Hipocrene; la inspiración, la poesía... las causas, precisamente, de mis congojas, de mis miserias de allá abajo.

Desenredándose como pudo, loco de espanto y de dolor, el pobre muerto emprendió una vertiginosa carrera por el éter. Pasó junto á *Sirio*, dando un salto para evitar

la mordedura del rabioso *Can*; atropelló á *Cástor* y *Pólux*, oyó el balido de las *Cabrillas*, hizo al pasar un quite á los cuernos del *Toro*, desniveló la balanza de *Libra*, esquivó el veneno de *Escorpión* y la saeta del *Centauro* y, describiendo un ancho semicírculo, fué á parar á una gran constelación de siete magníficas estrellas en forma de *Carro*, que allá, en el mismo *Septentrión*, resplandecían. En ninguna de las siete pudo el cuitado hallar abrigo.

—¿A qué vienes, imbécil? Somos la *Osa Mayor* y eres tú muy poco para nosotras. Largo, largo de aquí; harto en la tierra hiciste el oso.

Descorazonado, el infeliz permaneció un momento inmóvil en el éter, sin saber á donde dirigirse. Al sol no podía ir si no quería consumirse en un instante; la luna era un astro muerto, lleno de grietas y de abismos, de mares y de yermos, completamente deshabitado y sin condición de vida alguna. ¿Qué hacer? ¿Volver á la tierra como el Santo le ordenara? El pensarlo no más le daba horror. No, hubiese preferido, á ser posible, mil veces el infierno; prefería, á no haber otro remedio, errar eternamente de astro en astro, de planeta en planeta, de mundo en mundo, sin hallar abrigo ni descanso en ninguno de ellos.

Así lo hizo y sigue haciéndolo durante largos años; y aquella alma noble, inmensa, cuyos sentimientos y aspiraciones rayaron en lo sublime, no encuentra en su infinita peregrinación por el espacio, un modesto asilo, un pobre albergue donde cobijarse.

JUAN TOMÁS SALVANY



Fot. de Audouard.

SRTA. ISABEL MARTÍNEZ.

Autóra de la pieza de música que acompaña al presente número.



Fot. de Napoleón.

## EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ RAÑOY

GENERAL DE BRIGADA Y COMANDANTE GENERAL DE LOS SOMATENES ARMADOS DE CATALUÑA

El bizarro militar cuyo nombre y retrato honra esta página, nació en Gerona el 29 de Diciembre de 1849, ingresando en el Ejército como caballero Cadete, en 7 de Julio de 1865.

Terminados los estudios y encontrándose en prácticas, fué promovido al empleo de Alférez.

Todos los demás ascensos los ha obtenido por méritos de guerra. El empleo de Capitán, por la herida recibida en la acción del Grao de Olot; el grado de Comandante, por la herida recibida en el asalto de Cantavieja. Fué prisionero de los carlistas en la acción de Prades, cuando la muerte de Maturana. Ascendió á Teniente Coronel, por antigüedad, y con este empleo marchó á Cuba, mandando el batallón de Luchana, que embarcó en Barcelona el 22 de Agosto de 1895.

En aquella campaña asistió á muchos hechos de armas, concediéndosele por su brillante comportamiento la efectividad de Coronel, en Julio de 1896, y luego, por la herida recibida cuando acudió con su columna en auxilio de Santiago de Cuba, sitiada por el ejército Norte-Americano, el empleo de General de brigada, para el que ya estaba antes propuesto con motivo de la evacuación de Giguani, Bayamo y Cauto, á él confiado.

Mandó la división de Manzanillo, y después, una brigada compuesta

de los batallones Union, Alcántara, Andalucía, Álava, Cazadores de Puerto Rico, y el 4.º de Zapadores minadores, y cuatro escuadrones de caballería, para la evacuación del río Cauto.

Está en posesión de las siguientes condecoraciones:

Dos cruces rojas de 1.ª clase. — Mención honorífica. — Cruz blanca de 1.ª clase. — Medalla Alfonso XII, con pasadores Olot, Cantavieja y Seo. — Medalla de la guerra civil con pasadores Puente Guardiola y Castellón de Nue. — Cruz de Benemérito de la Patria. — Medalla del sitio de Puigcerdá. — Medalla de prisionero. — Cruz de la R. O. de San Hermenegildo. — Cruz de 2.ª clase del Mérito Militar blanca. — Cruz de 2.ª clase del Mérito Militar roja. — Cruz de 2.ª clase del Mérito Militar roja pensionada. — Placa de San Hermenegildo. — Cruz roja de 3.ª clase. — Cruz roja de 3.ª clase, pensionada. — Cruz de María Cristina y Gran Cruz de San Hermenegildo.

Durante el pasado mes, ha girado una visita de inspección á los Somatenes, congregados en distintas poblaciones de Cataluña, pudiéndose convencer de que si en la capital goza de gran consideración y muchas simpatías entre sus amigos y compañeros, no es menor el aprecio que le profesan sus numerosos subordinados.

\*\*\*

## EL VENTISQUERO

A los tres años de matrimonio, el marqués estaba tan enamorado de su esposa como el día antes de su casamiento, lo cual podrán no alcanzarlo a comprender algunos maridos, pero esto no es un inconveniente para que el amor del marqués resultara un hecho.

En cuanto a Elvira, que había querido a su primo Arturo, de esa manera especial que ama la mujer, cuando lo hace por vez primera, parecía estar satisfecha de su posición social.

Sin el consejo de ambas familias, Elvira y Arturo hubieran concluido por casarse; pero como ni uno ni otro contaban apenas con bienes de fortuna, se convino por parte de todos, en que aquel matrimonio era un disparate en toda la extensión de la palabra; que no había ni siquiera que pensar en él, pues *contigo pan y cebolla*, era una frase vacía de todo sentido y cursi por añadidura; por lo que los primos, atendiendo a los sentimientos de la realidad, más que a los de sus corazones, hicieron punto y aparte en su mutuo y recíproco amor.

Y el marqués de G... que por lo ilustre de sus blasones, al par que por su cuantiosísima fortuna, había sido el candidato suspirado por cuantas jóvenes de la más encopetada aristocracia se encontraban en estado de merecer y del que se aseguraba, como cosa resuelta, el enlace con una joven algo su pariente, modelo de todo género de virtudes y bella hasta ser la admiración de los salones á que por entonces concurría, vió á Elvira, se enamoró como un loco de ella, y concluyó, con gran escándalo de todos, por dejar plantada á su futura, la que desde entonces no volvió á dejarse ver en público.



ARTE ARISTOCRÁTICO — Cuadro de RICARDO MADRAZO.

Elvira, por su parte, no dudó un momento en aceptar aquel ventajísimo partido, y el linajudo y archimillonario marqués concluyó por tener el mismo trágico fin que cuenta Víctor Hugo cupo al capitán Jebb.

El primer año de matrimonio, ó sea el convenido en llamar el de la luna de miel, se lo pasaron los nuevos esposos recorriendo las principales capitales de Europa. Desgraciadamente para el marqués, durante este viaje, Elvira tuvo el capricho de que les acompañara una prima suya, la cual no volvió á separarse de la nueva marquesa.

Aquella prima fué el primer punto negro en la vida del enamorado marqués, porque el segundo, ó sea el ex amante y primo también de Elvira, más que punto negro resultó punto filipino.

La presencia de Arturo en la casa del marqués acabó por constituir, para éste, una verdadera contrariedad.

Las atenciones que Elvira dispensara á su primo, las continuas visitas de éste, y otra multitud de detalles, nimios en la forma, pero no en el fondo; concluyeron por despertar los celos del marido. Este no ignoraba las relaciones amorosas habidas entre Elvira y Arturo, hacía algunos años, pero hasta que los celos no comenzaron á germinar en su corazón, aquello había pasado inadvertido. Pero desde entonces, no.

Las miradas que se cruzaban entre Elvira y Arturo, las confianzas que mutuamente se permitieran, las coincidencias naturales, ó que al menos había que confesarse que debían serlo, resultaban para el celoso marido una serie de suposiciones que comenzando por preocuparle concluían por constituir su desesperación. La figura imprescindible de aquella prima que parecía multiplicarse, cuando Arturo se encontraba allí, era para el marqués el mayor de todos los torcedores. Y procurando ocultar en lo más recóndito de su alma aquellos, para él unas veces fundados y otras hasta criminales pensamientos, acudiendo á lo mejor á su memoria la figura de aquella otra, de la que había labrado la eterna infelicidad, y sumido en el más hondo de los dolores y en la más acerba de las amarguras, mirando siempre desvanecerse las pruebas de cuantas sospechas concebía, en una palabra, sufriendo todo el horroroso martirio que experimenta todo aquel que tiene la desgracia de concluir porque se apodere de él, el no sin razón llamado demonio de los celos, el buen marqués sufría espantosamente, sin que á este sufrimiento alcanzara siquiera el lento de la comunicación; hasta que la figura de Arturo desaparecía y, como consecuencia de esto, la de la imprescindible prima se restaba y el enamorado esposo, al encontrarse á solas y en presencia de su mujer, comenzaba por olvidar y concluía por arrepentirse y hasta avergonzarse de aquella serie de dudas y sospechas.

\*\*

Por primera vez desde su matrimonio, al concluirse los meses de primavera, Elvira y su esposo decidieron pasar una temporada, en una magnífica posesión que tenían en el Pirineo y de la cual colindaban los terrenos con una propiedad de los padres de aquella primera prometida del marqués y en donde la joven se había instalado desde poco después del casamiento de aquel con Elvira.

El tiempo continuaba, por no variar, en un todo contrario á lo predicho por el almanaque. Hacía ocho días que los marqueses se encontraban en su finca del Pirineo, y ni uno solo se había dejado ver el sol, cuando se presentó Arturo.

Para el marqués resultó éste el mayor de todos los nublados.

Dos días después, amaneció uno espléndido. El contraste que presentaban los rayos del sol, al tocar huyendo las capas de nieve que cubrían el suelo, era realmente hermoso.

Después del almuerzo, se convino en dar un paseo en carruaje, y en atención á que el lugar en que el paisaje resultaba más bello y donde la nieve debía encontrarse en mayor cantidad era el de los ventisqueros, se decidió ir por aquél.



¡COSECHA PERDIDA! — Cuadro de ASTERIO MAÑANÓS.

Si el marqués á consecuencia de la llegada de Arturo, no hubiera estado tan preocupado, seguramente que no habría dejado de fijarse, en que de los cuatro caballos enganchados, á los dos delanteros que eran muy jóvenes y briosos, habían tenido la imprevisión de no darles cuerda. Este detalle para un tronquista, cual lo era el marqués, no hubiera tenido importancia alguna, al no tratarse de un camino tan estrecho como el que tenían que recorrer y al cual rodeaban multitud de precipicios, en el fondo de los cuales se hallaban los ventisqueros.

En el momento de subir al carruaje, que sólo tenía cuatro asientos, resultó una de aquellas coincidencias, que el marqués acababa siempre por confesarse que debían ser naturales. La imprescindible prima bajo el pretexto de que en los de detrás se mareaba, se empeñó en ir en el asiento delantero, y como no era cosa de no complacerla, Arturo y Elvira ocuparon los asientos traseros.

Trataba el marqués con toda su habilidad y pericia, de hacer que los caballos que tan pronto se iban hacia la izquierda como querían volverse á la derecha, entraran en camino, cuando al fijarse en la sombra que proyectaba el carruaje, creyó ver que Arturo rodeaba el talle de su prima y que ambos unían las cabezas en actitud de darse un beso. Y al leván-

tarse como movido de un resorte y ver cómo la sombra no le había engañado, abandonó las riendas, y tendiendo los crispados puños, rugió «¡miserables!»

Pero antes que el marqués acabara de pronunciar esta imprecación, los caballos, que al sentirse sueltos hacia el precipicio, rodaron por éste, y en unión del carruaje y de cuantos iban en él, desaparecieron un instante después en uno de los próximos ventisqueros.

\*\*

Desde aquel día y siempre á la misma hora en que ocurrió la catástrofe que acabamos de relatar, sobre una peña desde la que se dominaba todo el lugar donde se hallaban los ventisqueros, se veía la figura de una mujer, de la que ni la distancia, ni el amplio manto en que iba envuelta, eran bastante á ocultar la juventud, la distinción y la belleza. Y aquella figura, al retirarse de aquel sitio, lo hacía siempre por el camino que conducía á la finca colindante de la que por ahí se sigue conociendo como propiedad de los marqueses de G...

M. GARCÍA REY

## EL PAGO DE UNA DEUDA

El rico caballero don Ramón Ariza era grande aficionado á la caza. No dejaba ociosa su escopeta, ni en descanso su perro, en ninguna de las épocas del año en que es permitido por las ordenanzas el noble y antiguo ejercicio de Nemrod. Así es que siempre se le veía por campos y montes, andando, andando con su inseparable Huracán, hermoso perro que era su compañero de glorias y fatigas.

Cierta día de Otoño, salió, como de costumbre, de caza. El tiempo no se presentaba en realidad con muy buen aspecto, por lo cual hizo provisiones de boca en previsión de cualquier caso inesperado.

Ya en el campo, seguido de su perro, comenzó á caminar á buen paso, deteniéndose sólo cuando creía escuchar el tímido canto de algún pájaro.

Levantóse á poco un ligero vientecillo fresco, no del todo molesto, pero sí precursor de la tormenta; y no bien habían pasado algunos minutos cuando comenzaron á caer gruesas gotas de lluvia. Aligeró el cazador el paso, y ya cuando acertó á alcanzar una corpulenta encina, bajo cuya protectora techumbre de hojas se cobijó con su fiel perro, que le seguía, habíase desatado una terrible tempestad. Allí, en aquella for-

zosa choza natural, resistieronla ambos durante dos horas que duró el período álgido de la misma; y habiendo cesado algo en su furia, y siendo entrada la tarde, sacó don Ramón las provisiones que llevaba, y púsose á almorzar con su compañero no sin darle los mejores bocados, que el animal aceptaba agradecido lamiendo la mano de su generoso bienhechor.

A media tarde redobláronse los furiosos de los elementos desencadenados. Los relámpagos vivísimos sucedíanse sin cesar, acompañados de truenos espantosos y resolviéndose algunos de ellos en formidables rayos.

Era imponentísimo el espectáculo. El mismo perro Huracán, animal valiente y ciego defensor de su amo temblaba de miedo.

—Ven, ven acá, querido amigo mío, — le dijo don Ramón, cobijándole bajo de su capote de monte.

Y como á un sér que se ama tiernamente, se lo arrimó á sí, envolviéndolo cuidadosamente en su abrigo.

Así permaneció largo tiempo, y viendo que el cielo amenazaba con prolongada borrasca, se puso á pensar como había de ponerse en salvo, antes de que se echara encima la noche.

Recordó entonces que no muy lejos debía hallarse una casa de campo